

Jokin) vino la subida, larga y dura, donde uno se preguntaba si de verdad hacía esto por gusto. Pero por fin llegamos a las primeras huertas y, tras un repechón todavía mayor, a la plaza de Moya, con un gran árbol que sirvió de marco de una foto general.

Y luego el último paseíto hasta Carretería donde, en las afueras, está la caseta de Rafael donde nos esperaban las mesas puestas, las cervezas enfriadas y en el horno, cosas que olían a gloria. Y por suerte estaba cubierto con plásticos sobre la parra, porque entonces sí que empezó a llover en serio. Por cierto, que la parra era realmente feraz pues de ella colgaban morcillas, chorizos, mazorcas secas y otras delicias. No nos dieron un esqueje. Una pena.

Y luego empezó la comida. Mojos de varias clases (rojos, verdes, con especias, sin), aceitunas (con mojo), papas arrugadas (para el mojo), quesos (sobre todo uno majorero), una fabada sencilla -pero deliciosa- y luego sacaron dos grandes peces (sama, dijeron) hechos a la sal que nos permitió a los ictiófobos concentrarnos en las habas y las papas. Y vino Protos (joven) a discreción pues lo que pareció en principio sólo una botella especial fue la primera de una ristra inacabable ya que uno de los anfitriones es el distribuidor.

Y cuando ya parecía que iban los postres, llegaron dos paellas (o algo así denominado) de marisco con guisantes que yo de nuevo perdoné. Y entonces salió el ron canario, primero el normal y luego el mejor que dió lugar a sucesivos cubatas que fueron soltando la lengua y las canciones.

Y llegó el momento de las jotas (con perdón de las jotas), los cantos de siempre con variantes y deformaciones, las coplillas picantes y algún homenaje a los canarios con una canción tinerfeña que heló momentáneamente el ambiente. Ah, y de vez en cuando llovía a mares. Corro un piadoso velo sobre el final de fiesta remitiendo a los vídeos que recogen los momentos más penosos para la dignidad de los participantes y para la música entendida como una de las artes.

Tarde, muy tarde y ya de anocheada rodamos -no puedo describirlo de otra manera- hasta el autobús donde un paciente conductor nos llevó hasta el albergue. Y allí Jesús llevó a cabo ejercicios de estiramiento que fueron seguidos con más entusiasmo que acierto. Con gran juerga de Elisa, que se unió a la fiesta. Y luego una cena de sopa de arroz, con un segundo de pescado y tortillas que resultó puro vicio. Y a dormir, caramba, que mañana toca Las Palmas.

DÍA CUATRO: EL GRAN PASEO POR LAS PALMAS

Ante la amenaza de mal tiempo (ciclogénesis explosiva y todo eso), ayer se decidió cambiar el plan y realizar hoy el que se pensaba hacer mañana: visitar Las Palmas y alrededores, pero sin bajar hasta Maspalomas, sino dedicarlo a la playa.

Así que nos levantamos un poquito más tarde y, tras un desayuno estándar, salimos, vía Araucas, hacia Las Palmas. Pasamos junto al monte cortado para el centro de comunicaciones de la marina (que no se paran en barras) y entre amenazas lluviosas cogimos la autopista que nos llevó, en primer lugar, al Parque Bandama al sur de la ciudad. Es el cráter de un volcán bautizado con el nombre de su primer adjudicatario, el holandés Van Damme, que decidió poner la zona a cultivar vides. Actualmente tiene un mirador en su parte norte, sobre la cima del cono de cenizas volcánicas, que ofrece una vista espléndida del cráter -de más de 1 km de

diámetro y más de 200 m de profundidad- y del campo de golf junto a él, perteneciente al club más antiguo de España. La subida, circundando el cono, ha sido toda una prueba para vertiginosos impresionables. Ídem la bajada.

Desde allí nos hemos dirigido hacia el Jardín Botánico, una magnífica instalación fruto de la iniciática (lógico) de Sventenius, un extranjero que en los años 50 convenció al Cabildo para que lo llevara a cabo. Falleció en 1973, atropellado a la salida del jardín, y está enterrado en él. Es de grandes dimensiones, la mitad en la ladera y la otra mitad en el fondo del barranco. Paisajísticamente es precioso, pero adolece de falta de información para su recorrido y, salvo el tramo final -para quien lo recorre de abajo a arriba, lo más obvio- divulgativamente muy pobre.



Fig. 5

De ahí rodeamos la catedral para ver la fachada principal de la Casa de Colón (que de él sólo tiene el nombre) con su curiosa piedra de color verde; y luego pasamos ante la estatua de Néstor Álamo compositor (entre otras) del himno oficial ex-aequo (ver más adelante) del viaje (Fig. 5).

Luego vimos la casa natalicia de Alfredo Kraus y realizamos un entra-sale en el museo instalado en la dicha casa de Colón, dejándonos a Carlos en el intento.

De allí, al trote gorrinero hacia la zona de Triana, el primer ensanche de la ciudad donde puede verse en qué lugar exacto los palmeños perdieron el buen gusto, constructivamente hablando. Por el paseo que lleva al parque de San Telmo (tras ver la casas natalicias de Benito Pérez Galdós y de Juan Negrín) vimos la exposición de esculturas de Rodín que ya había visto en Valencia (el Pensador y los Burgueses de Calais).

Cruzado el parque de San Telmo y alcanzada la estación de autobuses (perdón, de guaguas) embarcamos de nuevo hasta la Playa de las Canteras, donde nos despedimos con cita a las siete.

Cada cual buscó dónde tomar un poco (o un mucho) de algo. Nosotros elegimos un restaurante japonés de los de cinta transportadora, donde nos pusimos las botas y los calcetines, si bien comprobamos que aquí hasta los japoneses hacen mal café.

De ahí, el sector femenino se fue a la playa mientras el manuscrito se dirigía

El tiempo ha ido mejorando a lo largo de la mañana y hacia la una del mediodía ya hacía calor. De nuevo en el autobús bajamos hacia Las Palmas con una primera parada en Vegueta, en el casco histórico donde, a paso de carga, visitamos la plaza de Santa Ana, corazón de la ciudad antigua, con la catedral, la sede del Cabildo y el archivo histórico, así como una serie de perros de bronce que han causado la emoción de Elisa (que por fin se unió al grupo).

hacia el Parque de Santa Catalina con la esperanza (vana) de que el Museo de la Ciencia estuviese abierto un lunes. Así que tocó buscar un buen banco a la sombra (con un éxito del 50%) y dedicarme a la lectura de un libro que le había robado a Clara (“Rechicero” de Prattchet, muy recomendable), algo que logré tras un primer cuarto de hora dedicado a “pesar figues” (Frase catalana -pesar higos- que describe ese momento en que tratas de mantenerte despierto y das continuas cabezadas como una balanza).

Luego, regreso a la playa a buscar el resto del grupo y, tras comprobar que Elisa y las hijas de Víctor le hacían la puñeta adecuadamente a Clara (que era capaz de perseguirlas sin colgar el móvil) me fui con Virginia que tomaba café junto con Silvia, una compañera de la empresa que nos transmitió una par de recetas para el gofio.

Tras perder unos minutos comprando un helado (¡en diciembre!) llegamos junto al grupo y volvimos al autobús para comentar las experiencias poliédricas de esas tres horas de dispersión.

Al llegar al albergue, nueva sesión de Tai-Chi/Estiramientos y cena compuesta de una riquísima crema de calabacín y puerro (yo, con gofio) y luego croquetas con ensalada con melocotón. Y pastel de postre.

La velada acabó con una tertulia interesante a cargo del sector masculino, mayoritariamente, arropada con vinos, tinto de Rioja y clarete del Duero, y un deliciosísimo queso Flor de Guía, que me han recomendado probar con mojo (¿pero qué es lo que no se come con mojo y/o con gofio en esta santa isla?, por Dios). El tema estrella fue el comentario sobre la sandez que contestó el Sr. Alcalde la Merindad cuando Patricio le pidió algún ejemplar de su libro para ofrecer al ayuntamiento de Teror como regalo de buena voluntad: “eso es un viaje privado, puedes comprarlo en tal sitio”. El que mandó asar la manteca mostró más agudeza, desde luego.

Para finalizar, aprovecho para transcribir los dos cánticos tribales estrella:

El de Valdivielso (“La Jota del Agua”)

“Y no nos dan de beber
teniendo el agua en la mano.
Y no nos dan de beber
teniéndola tan cerquita
me estás matando de sed.
Y hacen presas y pantanos
en Arija y en Campoo.
Y hacen presas y pantanos
para llevar a Aragón
la riqueza y a sus campos.
(Bis primera estrofa)

El de Teror:

“Andrés, Andrés, repásate el motor
que se te sale el agua
por el carburador” (Bis)

El primero mucho más *sentío* y de *denunsia* pública, fruto del genio castellano;

el segundo más informal, aunque debo decir que me falta una parte que no soy capaz de recordar, así como más de bolero.

DÍA CINCO: EL GRAN PASEO CANARIO-CÁNTABRO

Este día se ha decidido que hagamos lo previsto para el día anterior: Del Roque Nublo a... donde se pudiera, porque el día ha vuelto a salir húmedo y frío. Así que nuestros dilectos organizadores rápidamente han adaptado el trazado a las posibilidades, sobre todo teniendo en cuenta que el furor por las compras de productos locales (contenido el día anterior por el hecho de ser festivo) se había desatado. Además, había que comprar lotería ya que la fortuna parecía acompañar al viaje (escape de la nevada, de la huelga de controladores...).

Así que Víctor nos lleva de nuevo a Teror donde, aparte de ver a Fernando I El Gamo en su puesto de trabajo, en el ayuntamiento de Teror, compramos el bonito número 04269, que ha sido besado por Elisa, pasado por la chepa de Jokin, etc.

Y luego entramos a saco en una tienda de comestibles (y bebestibles), donde el dueño se entrega a una turba de peninsulares hambrientos de quesos varios y, en nuestro caso, de gofio. Nos llevamos uno majorero y otro de flor de guía, de la tierra. Luego nos hemos ido a una carnicería que nos recomienda Víctor, donde compramos otro queso local, el llamado pajonales, y una morcilla dulce. ¿Quién dijo miedo?.

Así pues, por unos y por otros, al autobús llegábamos siendo las diez y pico, y de ahí un nuevo viaje entre curvas y claxonazos hasta llegar al Roque Nublo que, haciendo honor a su nombre, estaba envuelto en nubes.

Parkas, chubasqueros, chaquetones, e incluso algún paraguas, y p'alante. Eso sí, con un viento que levantaba las boinas.



Fig. 6

Emprendemos una ruta preciosa entre pinos canarios; un bosque limpio donde abundan hongos y setas. Patricio se hace con un robusto ejemplar de Tricolomoxis

Rutila que piensa ceder a la exposición micológica de Teror, lo que le obliga a llevarlo en la mano durante el resto del paseo (Fig. 6).

Aunque en un punto de la senda el recorrido iba a bifurcarse y el grupo iba a dividirse entre los vertiginosos y los inmunes, al llegar al collado donde uno de los caminos se internaba en la caldera el viento era tan fuerte que optamos por hacer piña con los menos válidos. Pero no por miedo, sino por solidaridad, que conste.

Aún así, el camino seguía por paisajes con vistas espectaculares de la zona de Tejeda y, a la altura de unas cuevas indígenas (encerradas en jaulas por su propio bien, vaya metáfora), se decide que ya es hora de satisfacer al cuerpo, y vuelven a salir el pan de papa, el queso de Los Altos y el chorizo de Oña, y los locales nos muestran cómo con gofio, plátano y una bolsa de plástico, se puede hacer un postre en un santiamén. Y la bota circulando a una velocidad que para sí quisiera el acelerador de hadrones.

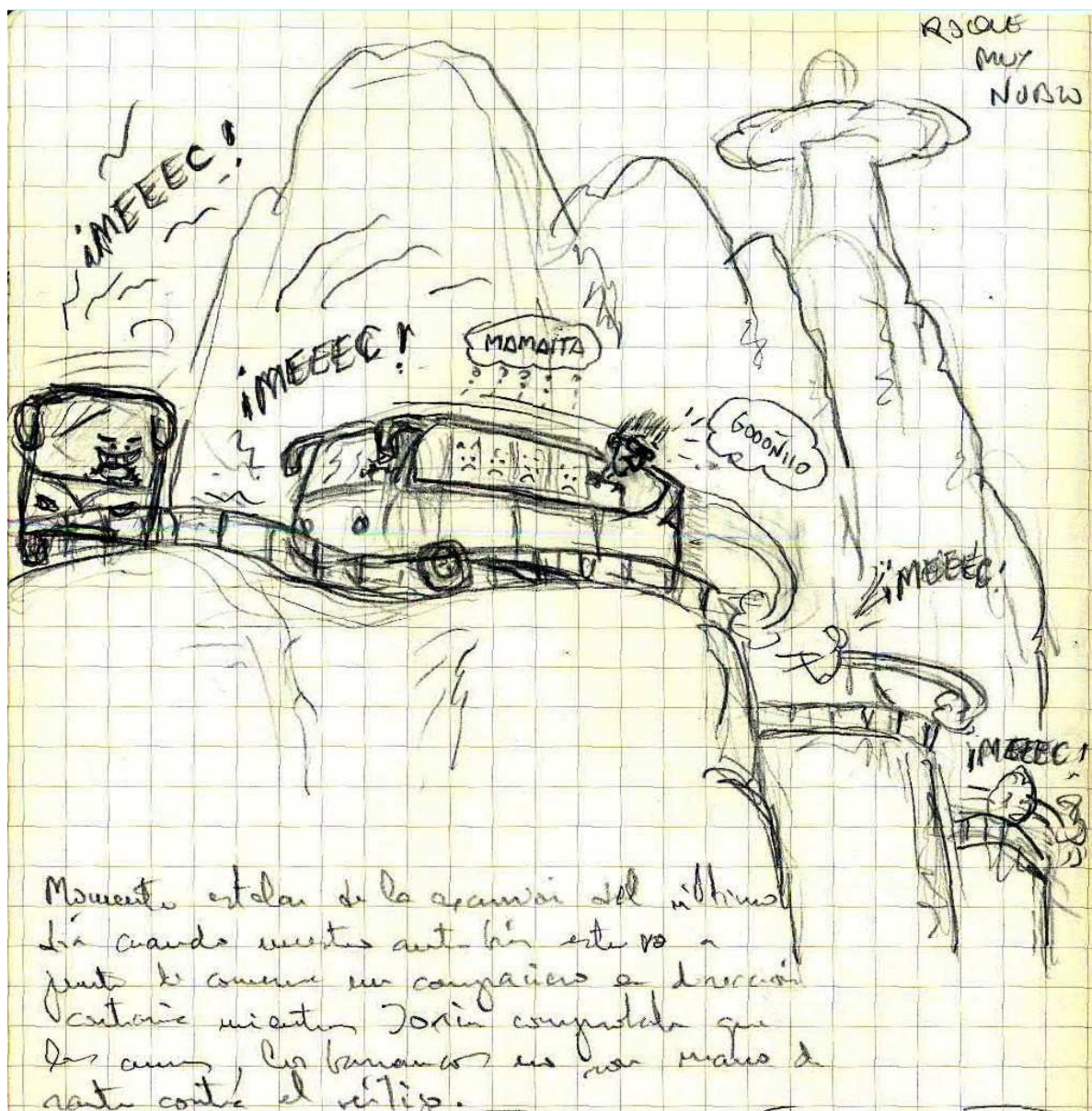


Fig. 7

De nuevo en marcha, seguimos bajando, eliminando paulatinamente capas de ropa, hasta que llegamos a una cresta desde la que bajamos, por unas escaleras empinadas y enmarcadas por perros ladradores, hasta el santuario de la Virgen de la Cuevita.

Se trata de la incorporación al hábitat en cueva de la zona de un santuario, porque los dioses siempre viven a imagen y semejanza de sus creadores, digo de sus criaturas.

En el santuario no falta de nada: altar, retablo, púlpito, pila bautismal, capilla, confesonario y un vía crucis minimalista, todo hecho en piedra (menos la imagen)..

De vuelta al mundo seglar, bajamos caminando hasta Artenara, donde nos espera el autobús. Desde ahí hasta el restaurante, donde íbamos a reponernos de lo gastado desde la pequeña colación campestre (que no era mucho, la verdad). Yendo por la carretera al estilo grancanario (curvas y claxon), vivimos un momento de esos que se pasan con el esfínter apretado y que se recuerdan con mucho jijí-jajá: en una curva cerrada nuestro autobús coincide con otro en dirección contraria que baja a toda velocidad. Nos esquivamos por un pelín de rana y cada uno sigue su camino como si no hubiese pasado nada. De hecho, nada ha pasado salvo que, de pronto, la vida es más hermosa y el hecho mismo de respirar se vive con gran intensidad. Y ya comer, ni digamos (Fig. 7). Llegamos al restaurante bajo una llovizna que va a ir progresivamente a más.

Restaurante sin interés, aunque la comida es potable: ensalada o sopa de primero, pollo o estofado de segundo, y postres variados. Lo mejor, poder comer la primera ensalada en varios días. Empezaba a temer por el escorbuto.

Como se veía venir, estando allí se abre por fin el cielo y, quizá para llorar nuestra marcha, empieza a llover de forma intensa. Aprovechamos la sobremesa, amenizada por los brindis de Carlos, para comprar algunas postales de la inevitable *paraeta* que no puede faltar en ningún turistódromo. Elisa consiguió un auténtico anillo de plástico por un euro, aunque tuvo más éxito la bola de plástico en la que venía, que se transformó (padre mediante), en dos ojos tipo Martin Feldman.

Regresamos al autobús, donde Rafael insiste en que quiere llevarnos a ver un sitio cercano al albergue, que no es obligado, pero sí recomendable. Así que unos cuantos nos dejamos el cansancio en el albergue y lo acompañamos.

El "sitio" resulta ser un bosque de laurisilva que se va metiendo en una estrecha grieta hasta formar un paisaje de cuento. Un lugar precioso que tenemos que recorrer casi a oscuras porque la noche se nos echa encima. Luego rodeamos la grieta por arriba y lamentamos que la nictalopía no entre dentro de nuestras habilidades. El paseo ha sido agradecido y el guía reconvenido por habernos llevado tan tarde.

Regreso al albergue y comienzo del cierre del equipaje mientras se organiza una nueva sesión de estiramientos en el patio, para juega general de la chavalería.

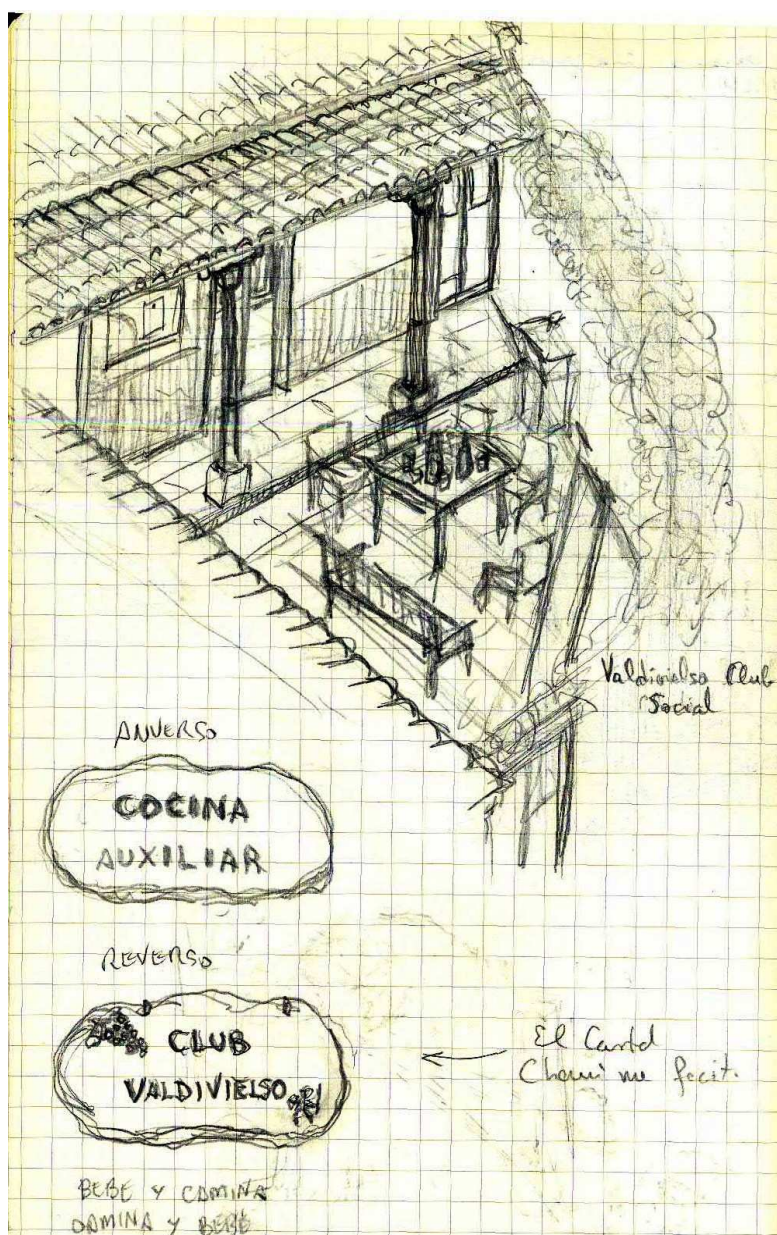


Fig. 8

Nos despedimos de los amigos canarios haciendo un círculo sardanero, con ellos en el interior, y cantando a voz en cuello la sentida copla de “Adiós con el corazón” que, en este caso, resulta ser completamente cierta. Después de cenar, el sencillo pero emotivo acto se repetiría con el equipo de cocina, aunque algo menos entusiasta por mi parte, sobre todo después de la “paella” perpetrada

Cena última (o última cena) con una deliciosa cena que fue rematada (nunca mejor dicho) por algo que llamaban “paella” pero que resulta ser un arroz de caldero. Los valencianos lo perdonamos y repetimos crema.

Aunque al día siguiente había que levantarse pronto (prontísimo incluso) no se perdona la tertulia en el Valdivielso Club Social, o sea, el patio de servicio (Fig. 8). Para recordar el evento, el cartel de

madera que decía “Cocina Auxiliar” sirve por su parte de atrás como soporte del rótulo que bautizaba dicha sede. Decidimos hacernos una foto con el cartel (obra de Chemi) y, cuando estamos a punto, entra una persona del servicio de seguridad del albergue que nos pilla con la boca llena de plumas y cara de pío-pío y a Jokin con un bulto bajo el jersey. Tras irse, se hace la foto y el cartel se pone de nuevo con su cara oficial a la vista guardando la verdadera oculta hasta que volvamos (o hasta que alguien le de la vuelta, y entonces veremos si volvemos).

A las doce echo el cierre y dormimos hasta las tres y media, porque a las cuatro y media hay que estar en el autobús para llegar al aeropuerto antes de las seis y cuarto. Víctor vendrá a despedirnos. Qué amor de persona.

DÍA SEIS: EL GRAN REGRESO

Aunque sea difícil de creer, los pronósticos se cumplen y conseguimos salir no ya a tiempo sino con un poco de adelanto, despedidos por las saludos cariñosos de Víctor. El cálculo del tiempo a emplear para llegar hasta el aeropuerto ha sido excesivo y llegamos con muchísimo adelanto. Aprovechamos para desayunar en una cafetería cuyos precios, semejantes a los pagados en los momentos más duros del sitio de Stalingrado, hubiera hecho sonrojar a cualquier bandolero de Sierra Morena. Ad exemplum: dos cafés con leche, tres zumos, dos bocadillejos y un donut, veinte euros.



Fig. 9

Despedida de los que volarán con Ryanair, que calculan y vuelven a calcular el peso de las maletas. Se aprovecha el momento de ternura general para colocar algunos décimos de lotería ante la posibilidad -poco probable, por otra parte-, de que no toque la que hemos comprado en Terror o la de Radio Valdivielso.

Cruzamos los controles de acceso como siempre, bajo la sospecha de ser sospechosos, pero sin mayores problemas. Del caos que ha habido los días anteriores "controladoris causa" ya no queda ni rastro. Como se dice, todo es suscepti-

ble de empeorar, pero esta vez no es el caso.

Partimos en hora y disfrutamos de un vuelo y, la mayoría, de un sueño sin recuerdos destacables. Llegada a Madrid y nuevo golpe a la estadística: ni una sola maleta perdida, ni a la ida ni a la vuelta.

Nueva despedida en el aeropuerto y promesas esperanzadas de reencuentro para fin de año. Radio Valdivielso forever. Un taxi y de nuevo al hotel, donde nos esperaba el coche desde hacía seis días. Regreso a Valencia por una A-3 tranquila y sin más problemas que los causados por el cansancio acumulado de tantos días, de forma que llegamos a comer a casa de la tía. ¡Qué bueno está arroz al horno!

De vuelta a casa, llega la hora de la verdad. Subo a la báscula: APENAS HE AUMENTADO MEDIO KILO.

Viva Terror, viva Valdivielso.

CONSIDERACIONES FINALES

El viaje ha sido, en todos los sentidos, de aquellos de los de recordar y empaquetar en el corazón. Dejando aparte la ausencia de incidentes (cuando teníamos todos los números para que los hubiera habido), el magnífico lugar donde estábamos alojados (quiero una casa así para mi próxima vida) o lo bien elegido de los recorridos (los que saben, saben), en realidad hubiera bastado con el cariño y acogimiento con el que hemos sido tratados.

En Canarias de todo habrá, como en botica, pero la gente de Teror es para nosotros, increíble; empezando por Víctor Valdivielso y Patricia, su mujer, Fernando, incansable y servicial, Carmelo, guía infatigable y pozo de anécdotas, Rafael y su tenderete, y así todos... Un derroche de simpatía, de calor, de alegría y encanto que ha casado de maravilla con la sobriedad y contención habitual burgalesas. Y nosotros... bueno, a nosotros nos pillaba a medio camino.

Elisa se lo ha pasado en grande con sus "compis" (las nietas de la cocinera y las hijas de Víctor y Patricia), y vuelve con más recuerdos que kilómetros. Clara ha ido por libre, siempre en avanzadilla y envuelta en su adolescencia. Virginia y yo nos hemos dejado llevar por el buen hacer de Patricio, siempre en todo con sus cuentas y sus cronogramas. Una buena gallina para una patulea de polluelos dispuestos a disfrutar.

Así que sólo dos palabras dedicadas a la gente de Teror: ¡Os esperamos!